

LA CAUTIVA.

--Female hearts are such a genial soil
For kinder feelings, whatsoe'er their nation,
They naturally pour the "wine and oil"
Samaritans in every situation.

BIRON.

En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos jenerosos;--ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.

LA CAUTIVA.

PRIMERA PARTE.

EL DESIERTO.

Il s vont. L'espace est grand.
HUGO.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El Desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso á sus pies

Se extiende;—triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Jira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Do quier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Do quier cielo y soledades
De Dios solo conocidas,
Que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento lijeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; ó su tolderia ¹
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día

I. *Tolderia*: el conjunto de chozas ó el aduar del salvaje.

Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí !—Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver !
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura;
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento,
Dicen mas al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¡ Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza !
Qué lengua humana alabarlas !
Solo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nitida frente
Reclinaba en occidente,

Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfanos el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Espancia, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas,
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullia
Del campo que parecia
Como un piélago ondear.
Y la tierra contemplando
Del astro rey la partida
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Solo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rujía un tigre feroz:
O las nubes contemplando,
Como estático y gozoso,

El Yajá ¹ de cuando en cuando
 Turbaba el mudo reposo
 Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
 Que el vasto horizonte ardía:
 La silenciosa llanura
 Fué quedando mas oscura,
 Mas pardo el cielo, y en él,
 Con luz trémula brillaba,
 Una que otra estrella, y luego
 A los ojos se ocultaba,
 Como vacilante fuego
 En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
 Con su claroscuro manto,
 Veló la tierra; una faja
 Negra como una mortaja,
 El occidente cubrió:
 Mientras la noche bajando

1. El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarin de plumas blancas que le rodean. Las alas estan armadas de un espolon colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, *Yahá, Yahá*, que significa en *guaraní* "vamos, vamos" de donde se les impuso el nombre. El misterio y significacion es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de jente que viene, empiezan á repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas." Los que saben esta propiedad de el *Yahá*, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

En la provincia se llama Chajá ó Yajá indistintamente.

Lenta venia, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entónces, como el rüido,
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió. . . . y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoro,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Vianse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿ Quién es ? ¿ Qué insensata turba
Con su alarido perturba,
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Solo se oyen resonar ?
¿ Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa ?
¿ Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar ?

Oid!—ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino;
Mirad!—Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero impetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con lijereza suma
Pasa en ademan atroz.

¿ Dónde va ? de dónde viene ?
De qué su gozo proviene ?
Por qué grita, corre, vuela
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor ?

Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Esclamando:— «ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos ¹ do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿ Donde sus bravos están ?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que jimen en cautiverio,

1. Ranchos, cabañas pajizas de nuestros campos.

A libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decia; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto,
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

SEGUNDA PARTE.

EL FESTIN.

.....orribile favelle,
Parole di dolore, accenti d'ira,
Voci alte e fioche, e suon di man con elle
Facevan un tumulto.....

DANTE.

Noche es el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
El jenio de las tinieblas,
Para algun misterio inmundo,
Sobre la llanura inmensa,
La lobreguez del abismo
Donde inalterable reina.

Solo inquietos divagando,
 Por entre las sombras negras,
 Los espíritus foletos
 Con viva luz reverberan,
 Se disipan, reaparecen,
 Vienen, van, brillan, se alejan,
 Mientras el insecto chilla,
 Y en fachinales ¹ ó cuevas
 Los nocturnos animales
 Con triste aullido se quejan.
 La tribu aleve entretanto,
 Allá en la pampa desierta,
 Donde el cristano atrevido
 Jamás estampa la huella,
 Ha reprimido del bruto
 La estrepitosa carrera;
 Y campo tiene fecundo
 Al pié de una loma estensa,
 Lugar hermoso do á veces
 Sus tolderías asienta.
 Feliz la maloca ² ha sido;
 Rica y de estima la presa
 Que arrebató á los cristianos:—
 Caballos, potros y yeguas,

1. Llámase así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

2. Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

Bienes que en su vida errante
Ella mas que el oro precia;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante yerba;
Y al lazo, algunos prendidos,
A la pica, ó la manea,
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio,
Sin esperanza, lamentan
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.
Arden ya en medio del campo
Cuatro estendidas hogueras,
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando, colorean
El tenebroso recinto
Donde la chusma hormiguea.

En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo ó llama tuestan,
Aquel come, este destriza,
Mas allá alguno degüella
Con afilado cuchillo
La yegua al lazo sujeta,
Y á la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella,
Y á borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pié, trémula y convulsa,
Dos ó tres indios se pegan,
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo mormullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo. vacila,
Y se desploma la yegua
Con aplauso de las indias
Que á descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
Con viva luz las hogueras;
Sopla el viento de la pampa,
Y el humo y las chispan vuelan.

A la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo,
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones,
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes vacias echan,
Y, tendidos de barriga
En derredor, la cabeza
Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar,
Que bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algun indio, medio ébrio
Tenaz metiendo la lengua,
Sigue en la preciosa fuente,
Y beber tambien no deja
A los que aguijan furiosos;
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra
Y en lugar suyo se espeta.
Asi bebe, rie, canta,
Y al regocijo sin rienda
Se dá la tribu: aquel ébrio
Se levanta, bambolea,

A plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca.
Este chilla, algunos lloran,
Y otros á beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñorea
Y hace andar en remolino
Sus delirantes cabezas.
Entonce empieza el bullicio,
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.
Mientras sin alivio lloran
Las cautivas miserables,
Y los ternezuelos niños
Al ver llorar á sus madres.
Las hogueras entretanto
En la oscuridad flamean,
Y á los pintados semblantes
Y á las largas cabelleras
De aquellos indios beodos
Dá su vislumbre siniestra
Colorido tan estraño,
Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Précita, inmunda ralea,

Entregada al torpe gozo
 De la sabática fiesta.¹
 Todos en silencio escuchan;—
 Una voz entona recia
 Las heróicas atabanzas,
 Y los cantos de la guerra:—

Guerra, guerra, y esterminio
 Al tiránico dominio
 Del huinca;² engañosa paz:
 Devore el fuego sus ranchos,
 Que en su vientre los caranchos
 Ceben el pico voraz.
 Oyó gritos el caudillo
 Y en su fogoso tordillo
 Salió Brian;
 Pocos eran y él delante
 Venia, al bruto arrogante
 Dió una lanzada Quillán.
 Lo cargó al punto la indiada:
 Con la fulminante espada
 Se alzó Brian;

1. Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos.

2. Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ó hombre que no es de su raza.

Grandes sus ojos brillaron,
 Y las cabezas rodaron
 De Quitúr, y Callupán.
 Echando espuma y herido
 Como toro enfurecido
 Se encaró;
 Ceño torvo revolviendo,
 Y el acero sacudiendo:
 Nadie acometerle osó.
 Valichu¹ estaba en su brazo;
 Pero al golpe de un bolazo²
 Cayó Brian
 Como potro en la llanura:
 Cebo en su cuerpo y hartura
 Encontrará el gavilan.

—

Las armas cobarde entrega
 El que vivir quiere esclavo;
 Pero el indio guapo nó:
 Chañil murió como bravo,
 Batallando en la refriega,
 De una lanzada murió.

1. Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

2. Bolaz: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

Salió Brian airado
Blandiendo la lanza,
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzado,
Brian lo levantó.
Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.
Fatal vencimiento !
Lloremos la muerte
Del indio mas fuerte
Que la pampa crió.

—

Quienes su pérdida lloran,
Quienes sus hazañas mentan.
Óyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros, cuyo son ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan,
Y un solo murmullo reina,

Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algun indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.
El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entónces,
Y atizando su fiereza
Al rencor adormecido,
Y á la venganza subleva:
En su mano los cuchillos,
A la luz de las hogueras,
Llevando muerte relucen;
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces
Se despedazan y bregan.
Y asombradas las cautivas
La carnicería horrenda
Miran, y á Dios en silencio
Humildes preces elevan.
Sus mujeres entre tanto,
Cuya vigilancia tierna
En las horas del peligro
Siempre cautelosa vela,

Acorren luego á calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras
De amor y eficacia llenas;
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan,
Lanzando injuriosos gritos;
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida
Su natural fortaleza
A la embriaguez y al cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza
Sigue el llorar de las hembras
Por sus maridos y deudos,
Las lastimosas endechas,
A la abundancia pasada,
A la presente miseria,
A las víctimas queridas
De aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
Hace á los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, ó quejas,

Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza; —
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan
Los jemidos infantiles
Del ñacurutú¹ se mezclán;
Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda á la presa
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu
Llegó alegre y tan soberbia.
La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras
Solo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.

1. Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

TERCERA PARTE.

EL PUÑAL.

Yo iba á morir es verdad,
Entre bárbaros crueles,
Y allí el pesar me mataba
De morir, mi bien, sin verte.
A darne la vida tú
Saliste, hermosa, y valiente.
CALDERON.

Yace en el campo tendida,
Cual si estuviera sin vida,
Ebria la salvaje turba,
Y ningun ruido perturba
Su sueño ó sopor mortal.
Varones y hembras mezclados
Todos duermen sosegados:
Solo, en vano tal vez, velan

Los que libertarse anhelan
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
Los caballos, que vagando
Libres despuntan la grama,
Y á la moribunda llama
De las hogueras se vé,
Se vé sola y taciturna,
Simil á sombra nocturna,
Moverse una forma humana,
Como quien lucha y se afana,
Y oprime algo bajo el pié;

Se oye luego triste aúllo,
Y horrisonante murmullo,
Semejante al del novillo
Cuando el filoso cuchillo
Lo degüella sin piedad:
Y por la herida resuella,
Y aliento y vivir por ella,
Sangre hirviendo á borbollones
En horribles convulsiones,
Lanza con velocidad.

Silencio;—ya el paso leve
Por entre la yerba mueve,

Como quien busca y no atina;
Y temeroso camina
De ser visto ó tropezar,
Una mujer: —en la diestra
Un puñal sangriento muestra,
Sus largos cabellos flotan
Desgreñados, y denotan
De su ánimo el batallar.

Ella vá. — Toda es oídos;
Sobre salvajes dormidos
Va pasando, —escucha, —mira, —
Se para, —apenas respira,
Y vuelve de nuevo á andar.
Ella marcha, y sus miradas
Vagan en torno azoradas,
Cual si creyesen ilusas
En las tinieblas confusas,
Mil espectros divisar.

Ella vá, y aun de su sombra
Como el criminal se asombra —
Alza, —inclina la cabeza;
Pero en un cráneo tropieza
Y queda al punto mortal. —
Un cuerpo gruñe y resuella,
Y se revuelve; —mas ella

Cobra espíritu y coraje,
Y en el pecho del salvaje
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira:
Y ella veloz se retira
De allí, y anda con mas tino
Arrostrando del destino
La rigurosa crueldad.
Un instinto poderoso,
Un afecto jeneroso
La impele y guia segura,
Como luz de estrella pura,
Por aquella oscuridad.

Su corazon de alegría
Palpita; — lo que quería,
Lo que buscaba con ánsia
Su amorosa vijilancia
Encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
De su alma el espejo terso,
Su amor, esperanza y vida;
Allí contempla embebida
Su terrestre serafín.

— «Brian, dice, mi Brian querido,
Busca durmiendo el olvido;

Quizá ni soñando espera
Que yo entre esta jente fiera
Le venga á favorecer.
Lleno de heridas, cautivo,
No abate su ánimo altivo
La desgracia, y satisfecho
Descansa, como en su lecho,
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
Para hacerle mas amargo
De la muerte el pensamiento,
Deleitarse en su tormento,
Y mas su rencor cebar
Prolongando su agonía,
La vida suya, que es mía,
Guardaron, cuando triunfantes
Hasta los tiernos infantes,
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno
De sus madres— ¡ dia lleno
De execracion y amargura,
En que murió mi ventura,
Tu memoria me dá horror! » —
Así dijo, y ya no siente,
Ni llora, porque la fuente

Del sentimiento fecunda,
Que el femenil pecho inunda,
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
En su corazón alianza
Han hecho, y solo una idea
Tiene fija y saborea
Su ardiente imaginación.
Absorta el alma, en delirio
Lleno de gozo y martirio
Queda, hasta que al fin estalla
Como volcán, y se esplaya
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,
Mirando al cielo y ceñido,
El cuerpo con duros lazos,
Abiertos en cruz los brazos,
Ligadas manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;
Inmóvil, sin fuerza, inerme
Yace su brazo invencible:
De la pampa el león terrible
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía
Esperando con el día

Horrible muerte, está el hombre
Cuya fama, cuyo nombre
Era al bárbaro traidor,
Mas temible que el zumbido
Del hierro ó plomo encendido;
Mas aciago y espantoso
Que el valichu rencoroso
A quien acata su error.

Allí está;—silenciosa ella.
Como tímida doncella,
Besa su entreabierta boca,
Cual si dudára le toca
Por ver si respira aún.
Entonces las ataduras
Que sus carnes roen duras
Corta, corta velozmente
Con su puñal obediente,
Teñido en sangre comun.

Brian despierta;—su alma fuerte,
Conforme ya con su suerte,
No se conturba, ni azora;
Poco á poco se incorpora,
Mira sereno, y cree ver
Un asesino:—echan fuego
Sus ojos de ira; mas luego

Se siente libre y se calma,
Y dice «¿eres alguna alma
Que pueda y deba querer?»

¿Eres espíritu errante,
Anjel bueno, ó vacilante
Parto de mi fantasía?»
—«Mi vulgar nombre es Maria,
Anjel de tu guarda soy;
Y mientras cobra pujanza,
Ebria la feroz venganza
De los bárbaros, segura,
En aquesta noche oscura
Velando á tu lado estoy;—

Nada tema tu congoja.»—
Y enajenada se arroja
De su querido en los brazos,
Le dá mil besos y abrazos,
Repitiendo —«Brian, mi Brian»—
La alma heroica del guerrero
Siente el gozo lisonjero
Por sus miembros doloridos
Correr, y que sus sentidos
Libres de ilusion están.

Y en lábios de su querida
Apura aliento de vida,

Y la estrecha cariñoso
Y en éstasis amoroso
Ambos respiran así;
Mas, súbito él la separa,
Como si en su alma brotara
Horrible idea, y la dice:—
«María, soy infelice,
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
Habrá ajado la pureza
De tu honor, y mancillado
Tu cuerpo santificado
Por mi cariño y tu amor;
Ya no me es dado quererte.»
Ella le responde:— «advierete
Que en este acero está escrito
Mi pureza y mi delito,
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento
Y saltará de contento
Tu corazon orgulloso;
Diómele amor poderoso,
Diómelo para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente;

Para, á un tiempo, de mi padre,
De mi hijo tierno y mi madre
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, mas preciosa
Que la luz del sol hermosa,
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
O contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
Y quiso entre sus despojos
De Brian la querida ver,

Despues de haber mutilado
A su hijo tierno; anegado
En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura:
Dióle muerte este puñal.
Levanta, mi Brian, levanta,
Sigue, sigue mi ágil planta;
Huyamos de esta guarida
Donde la turba se anida
Mas inhumana y fatal. » —

« ¿ Pero adónde, adónde iremos ?
Por fortuna encontraremos

En la pampa algun asilo,
Donde nuestro amor tranquilo
Logre burlar su furor?
Podremos, sin ser sentidos,
Escapar, y desvalidos,
Caminar á pié, ijadeando,
Con el hambre y sed luchando,
El cansancio y el dolor?»

— «Sí, el anchuroso desierto
Mas de un abrigo encubierto
Ofrece, y la densa niebla
Que el cielo y la tierra puebla,
Nuestra fuga ocultará.
Brian, cuando aparezca el dia
Palpitantes de alegría,
Lejos de aquí ya estaremos,
Y el alimento hallarémos
Que el cielo al infeliz da.» —

«Tú podrás, querida amiga,
Hacer rostro á la fatiga,
Mas yo, llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido,
¿Cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,

Y del oprobio redime
 Tu vivir predestinado;
 Deja á Brian infortunado,
 Solo, en tormentos morir».

— «Nó, nó, tú vendrás conmigo,
 O pereceré contigo.
 De la amada patria nuestra
 Escudo fuerte es tu diestra,
 ¿ Y qué vale una mujer ?
 Huyamos, tú de la muerte,
 Yo de la oprobiosa suerte
 De los esclavos; propicio
 El cielo este beneficio
 Nos ha querido ofrecer;

No insensatos lo perdamos.
 Huyamos, mi Brian, huyamos;
 Que en el áspero camino
 Mi brazo, y poder divino
 Te servirán de sosten». —
 « Tu valor me infunde fuerza,
 Y de la fortuna adversa,
 Amor, gloria, ó agonía
 Participar con María
 Yo quiero, huyamos, ven, ven. »

Dice Brian y se levanta,
El dolor traba su planta
Mas devora el sufrimiento;
Y ambos caminan á tiento
Por aquella oscuridad.
Tristes van,—de cuando en cuando
La vista al cielo llevando,
Que da esperanza al que jime.
¿Qué busca su alma sublime?
La muerte ó la libertad.

«Y en esta noche sombría
¿Quién nos servirá de guía?»
«—Brian ¿no ves allá una estrella
Que entre dos nubes centella
Cual benigno astro de amor?
Pues esa, es por Dios enviada
Como la nube encarnada
Que vió Israel prodijiosa;
Sigamos la senda hermosa
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto
Nos llevará á feliz puerto.»—
Ellos van;—solas, perdidas
Como dos almas queridas,
Que amor en la tierra unió,

Y en la misma forma de antes,
 Andan por la noche errantes,
 Con la memoria hechicera
 Del bien que en su primavera
 Le desdicha les robó.

Ellos van.—Vasto, profundo
 Como el páramo del mundo
 Misterioso es el que pisan;
 Mil fantamas se divisan;
 Mil formas vanas allí,
 Que la sangre jóven hielan:
 Mas ellos vivir anhelan.
 Brian desmaya caminando,
 Y al cielo otra vez mirando,
 Dice á su querida así:

«Mira,— ¿no ves?—la luz bella
 De nuestra polar estrella
 De nuevo se ha oscurecido,
 Y el cielo mas denegrado
 Nos anuncia algo fatal.»
 —«Cuando contrario el destino
 Nos cierre, Brian, el camino,
 Antes de volver á manos
 De esos indios inhumanos,
 Nos queda algo:—este puñal.»—

CUARTA PARTE.

LA ALBORADA.

Già la terra é coperta d'uccisi;
Tutta é sangue la vasta pianura.....

MANZONI

Ya de muertos la tierra está cubierta,
Y la vasta llanura toda es sangre.

Todo estaba silencioso.
La brisa de la mañana
Recien la yerba lozana
Acariciaba y la flor,
Y en el oriente nubloso
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;
Ni del pájaro se oía
La variada melodía,
Música que al alba da;
Y solo, al ronco bufido
De algun potro que se azora.
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,
Sola techumbre del cielo,
Libre, ajena de recelo
Dormía la tribu infiel;
Mas la terrible venganza
De su constante enemigo
Alerta estaba, y castigo
Le preparaba crüel.

Súbito al trote asomaron
Sobre la estendida loma
Dos jinetes, como asoma
El astuto cazador;
Y al pié de ella divisaron
La chusma quieta y dormida,
Y volviendo atras la brida
Fueron á dar el clamor

De alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
Un escuadron de lanceros
Trotando allí se acercó,
Con acero y lanza en mano;
Y en hileras dividido
Al indio, no apercebido,
En doble muro encerró.

Entonces, el grito, «Cristiano, Cristiano»
Resuena en el llano,
«Cristiano» repite confuso clamor.
La turba que duerme despierta turbada,
Clamando azorada,
«Cristiano nos cerca, cristiano traidor.»

Niños y mujeres, llenos de conflicto,
Levantán el grito;
Sus almas conturba la tribulacion;
Los unos pasmados, al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusion.

Quien salta al caballo que encontró primero,
Quien toma el acero,
Quien corre su potro querido á buscar;

Mas ya la llanura cruzan desbandadas,
Yeguas y manadas,
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
Blandiendo en su mano
La terrible lanza, que no dá cuartel.—
Los indios mas bravos luchando resisten,
Cual fieras embisten:—
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece;—las armas agudas
Relucen desnudas,
Horrible la muerte se muestra do quier.
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,
Crece del salvaje,
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pié en tierra poniendo la fácil victoria,
Que no le da gloria,
Prosigue el cristiano lleno de rencor.—
Caen luego caciques, soberbios caudillos,
Los fieros cuchillos
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
Jemir del que implora,
Puesto de rodillas, en vano piedad,

Todo se confunde:—del plomo el silbido,
Del hierro el crujido,
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel día;
Ni hembra, ni varón, ni cría
De aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
Siguió el paso á la perfidia,
Y en no cara y breve lidia
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida
De sangre, hediondo y sembrado
De cadáveres el prado
Donde resonó el festin.
Y del sueño de la vida
Al de la muerte pasaron
Los que poco antes holgaron,
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban
Lágrimas de regocijo;—
Una al esposo, otra al hijo

Debió allí la libertad;
Pero ellos tristes estaban.
Porque ni vivo, ni muerto
Halló á Brian, en el desierto,
Su valor y su lealtad.

QUINTA PARTE.

EL PAJONAL.

.....e lo spírito lasso
Conforta, e ciba di speranza buona
DANTE
..... y el ánimo cansado
De esperanza feliz, nutre, y conforta.

Así, huyendo á la ventura,
Ambos á pié divagaron
Por la lóbrega llanura,
Y al salir la luz del día
A corto trecho se hallaron
De un inmenso pajonal.

1. Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos á la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los *Orsis* de la ramba.

Brian debilitado, herido,
A la fatiga rendido
La planta apenas movia;
Su angustia era sin igual.
Pero un ángel, su querida,
Siempre á su lado velaba,
Y el espíritu y la vida,
Que su alma heróica anidaba,
La infundia, al parecer,
Con miradas cariñosas,
Voces del alma profundas
Que debieran ser eternas;
Y aquellas palabras tiernas,
O armonias misteriosas,
Que solo manan fecundas
Del lábio de la mujer.

Temerosos del Salvaje
Acojiéronse al abrigo
De aquel pajonal amigo,
Para de nuevo su viaje
Por la noche continuar;
Descansar allí un momento,
Y refrijerio y sustento
A la flaqueza buscar.

Era el adusto verano:
Ardiente el sol como fragua
En cenagoso pantano
Convertido habia el agua
Allí estancada, y los peces,
Los animales inmundos
Que aquel bañado habitaban,
Muertos, el aire infestaban,
Ó entre las impuras heces
Aparecian á veces
Boqueando moribundos,
Como del cielo implorando
Agua y aire:—aquí se via
Al voraz cuervo, tragando
Lo mas asqueroso y vil;
Allí la blanca cigüeña,
El pescuezo corvo alzando,
En su largo pico enseña
El tronco de algun reptil;
Mas allá se ve al carancho,
Que jamás presa desdeña,
Con pico en forma de gancho
De la espirante alimaña
Zajar la fétida entraña:—
Y en aquel páramo yerto,
Donde á buscar como á puerto

Refrijerio, van errantes
Brian y Maria anhelantes,
Solo divisan sus ojos
Feos, inmundos despojos
De la muerte.—¡Qué destino
Como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino,
La memoria perdurable
De la pasada ventura,
A turbar su fantasía,
¡Cuán amarga les sería!
Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso
En el lodo pegajoso
Penetraron, ya cayendo,
Ya levantando, ó subiendo
El pié flaco y dolorido;
Y sobre un flotante nido
De yajá, (columna bella,
Que entre la paja descuella,
Como edificio construido
Por mano hábil), se sentaron
A descansar ó morir.
Súbito allí desmayaron
Los espíritus vitales

De Brian á tanto sufrir;
Y en los brazos de Maria,
Que inmóvli permanecia,
Cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
Pintar al vivo podrán
El desaliento y angustias,
O las imájenes mústias
Que el alma atravesarán
De aquella infeliz mujer!
Flor hermosa y delicada,
Perseguida y conculcada
Por cuantos males tiranos
Dió en herencia á los bumanos
Inexorable poder.

Pero á cada golpe injusto
Retoñece mas robusto
De su noble alma el valor;
Y otra vez, con paso fuerte,
Huella el fango, do la muerte
Disputa un resto de vida
A indefensos animales;
Y rompiendo enfurecida
Los espesos matorrales,
Camina á un sordo rumor

Que oye próximo, y mirando
El hondo cauce anchuroso
De un arroyo que copioso
Entre la paja corria,
Se volvió atrás, exclamando
Arrobada de alegría:—
—«Gracias te doy, Dios supremo!
Brian se salva, nada temo.»—

Pronto llega al alto nido
Donde yace su querido,
Sobre sus hombros le carga,
Y con vigor desmedido
Lleva, lleva, à paso lento,
Al puerto de salvamento
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
El inmoble cuerpo posa,
Y los labios, frente y cara
En el agua fresca y clara
Le embebe;—su aliento aspira,
Por ver si vivo respira,
Trémula su pecho toca;
Y otra vez sienes y boca
Le empapa:—en sus ojos vivos,
Y en su semblante animado,

Los matices fujitivos
De la apasionada guerra
Que su corazon encierra,
Se muestran.—Brian recobrado
Se mueve, incorpora, alienta,
Y débil mirada lenta
Clava en la hermosa Maria,
Diciéndola: «amada mia,
Pensé no volver á verte,
Y que este sueño seria
Como el sueño de la muerte;
Pero tú, siempre velando,
Mi vivir sustentas, cuando
Yo en nada puedo valerte,
Sino doblar la amargura
De tu estraña desventura.»
—«Que vivas tan solo quiero,
Porque si mueres, yo muero;
Brian mio, alienta, triunfamos,
En salvo y libres estamos,
No te aflijas;—bebe, bebe
Esta agua, cuyo frescor
El estenuado vigor
Volverá á tu cuerpo en breve,
Y esperemos con valor
De Dios el fin que imploramos.» —

Dijo así y en la corriente
Recoje agua, y diligente,
De sus miembros con esmero,
Se aplica á lavar primero
Las dolorosas heridas,
Las hondas llagas henchidas
De negra sangre cuajada,
Y á sus inflamados pies
El lodo impuro; y despues
Con su mano delicada
Las venda.—Brian silencioso
Sufre el dolor con firmeza;
Pero siente á la flaqueza
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento
Corre á buscar; y un momento,
Sin duda el cielo piadoso,
De aquellos finos amantes,
Infortunados y errantes,
Quiso aliviar el tormento.

SESTA PARTE.

LA ESPERA.

:Qué largas son las horas del desío!
MONERO.

Triste, oscura, encapotada
Llegó la noche esperada,
La noche que ser debiera
Su grata y fiel compañera;
Y en el vasto pajonal
Permanecen inactivos
Los amantes fujitivos.
Su astro, al parecer, declina,
Como la luz vespertina,
Entre sombra funeral.

Brian por el dolor vencido
Al márjen yace tendido
Del arroyo;—probó en vano
El paso firme y lozano
De su querida seguir;—
Sus plantas desfallecieron,
Y sus heridas vertieron
Sangre otra vez.—Sintió entonces
Como una mano de bronce
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,
Con corazon agitado,
Que amanecerá otra aurora
Mas bella y consoladora;—
El amor la inspira fé
En destino mas propicio,
Y la oculta el principio
Cuya idea solo pasma:—
El descarnado fantasma
De la realidad no ve.

Pasion vivaz la domina,
Ciega pasion la fascina;—
Mostrando á su alma el trofeo
De su impetuoso deseo
La dice: tú triunfarás.

Ella infunde á su flaqueza
Constancia allí y fortaleza;
Ella su hambre, su fatiga,
Y sus angustias mitiga
Para devorarla mas.

Sin el amor que en sí entraña,
Que seria?—Frágil caña
Que el mas leve impulso quiebra,
Ser delicado, fina hebra,
Sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino
Que pone á raya el destino,
Ángel poderoso y tierno
A quien no haria el infierno
Vacilar, ni estremecer.

De su querido no advierte
El mortal abatimiento,
Ni cree se atreva la muerte
A sofocar el aliento
Que hace vivir á los dos;
Porque de su llama intensa
Es la vida tan inmensa,
Que á la muerte venceria,
Y en sí eficacia tendria
Para animar como Dios.

El amor es fé inspirada,
Es religion arraigada,
En lo íntimo de la vida.—
Fuente inagotable, henchida
De esperanza, su anhelar
No halla obstáculo invencible
Hasta conseguir victoria;
Si se estrella en lo imposible
Gozoso vuela á la gloria
Su heróica palma á buscar.

Maria no desespera,
Porque su ahinco procura
Para lo que ama ventura,
Y al infortunio supera
Su imperiosa voluntad.
Mañana,—el grito constante
De su corazon amante
La dice,—mañana el cielo
Hará cesar tu desvelo,
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto
Camina en densa tiniebla,
Y en el abismo de espanto,
Que aquellos páramos puebla,
Ambos perdidos se ven.

Parda, rojiza, radiosa,
Una faja luminosa
Forma horizonte no lejos;
Sus amarillos reflejos
En lo oscuro hacen vaiven.

La llanura arder parece,
Y que con el viento crece,
Se encrespa, aviva y derrama
El resplandor y la llama
En el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado,
En tinieblas engolfado,
Cuyo esplendor vaga horrendo,
Era trasunto estupendo
De la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba
Como ajeno de sentido,
Nada vé:—ella un ruido
Oye; pero solo observa
La negra desolacion,
O las sombrías visiones
Que enjendran las turbaciones
De su espíritu.—¡Cuán larga
Aquella noche y amarga
Seria á su corazon!

Miró á su amante, —espantoso,
Un bramido cabernoso
La hizo temblar, resonando:—
Era el tigre que buscando
Pasto á su saña feroz
En los densos matorrales,
Nuevos presajios fatales
Al infortunio traia.—
En silencio, echó Maria
Mano á su puñal, veloz.

SÉPTIMA PARTE.

LA QUEMAZON.

Voyez....Dejá la flamme en torrens se déploie.

LAMARTINE

Mirad ya en torrente se estiende la llama.

El aire estaba inflamado,
Turbia la region suprema,
Envuelto el campo en vapor;
Rojo el sol, y coronado
De parda oscura diadema,
Amarillo resplandor
En la atmósfera esparcia;
El bruto, el pájaro huía,
Y agua la tierra pedia
Sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento
Limpiaba los horizontes,
Y de la tierra brotar
De humo rojo y ceniciento
Se veían como montes;
Y en la llanura ondear,
Formando espiras doradas,
Como lenguas inflamadas,
O melenas encrespadas
De ardiente, ajitado mar .

Cruzándose nubes densas
Por la esfera dilatában,
Como cuando hay tempestad,
Sus negras alas inmensas;
Y mas, y mas aumentaban
El pavor y oscuridad.
El cielo entenebrecido,
El aire, el humo encendido,
Eran, con el sordo ruido,
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos
Contempla asombrado
Los turbios reflejos;
Del dia enlutado
La ceñuda faz.

El humilde llora,
El piadoso implora;
Se turba y azora
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio
Fatal, estupendo
Del día del juicio,
Del día tremendo
Que anunciado está.
Quien piensa que al mundo,
Sumido en lo inmundo,
El cielo iracundo
Pone á prueba ya.

Era la plaga que ería
La devorante sequía
Para estrago y confusion:—
De la chispa de una hoguera,
Que llevó el viento lijera,
Nació grande, cundió fiera
La terrible quemazon.

Ardiendo, sus ojos
Relucen, chispean;
En rubios manojos
Sus crines ondean,

Flameando tambien:
La tierra jimiendo,
Los brutos ruiendo,
Los hombres huyendo,
Confusos la ven.

Sutil se difunde,
Camina, se mueve,
Penetra, se infunde;
Cuanto toca, en breve,
Reduce á tizon.
Ella era,—y pastales,
Densos pajonales,
Cardos y animales
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando,
Venía de llama,
Que hirviendo, silbando,
Se enrosea y derrama
Con velocidad.—
Sentada Maria
Con su Brian la via:
—«Dios miot decia,
De nos ten piedad.»—

Piedad Maria imploraba,
Y piedad necesitaba

De potencia celestial.
Brian caminar no podia,
Y la quemazon cundia
Por el vasto pajonal.

Allí pávulo encontrando,
Como culebra serpeando,
Velozmente caminó;
Y ajitando, desbocada,
Su crin de fuego erizada
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
De animales y reptiles
Quema el fuego vencedor,
Que el viento iracundo atiza;
Vuelan el humo y ceniza,
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,
Los cautivos desdichados,
Con despavoridos ojos,
Estan, su hervidero oyendo,
Y las llamaradas viendo
Subir en penachos rojos.

No hay como huir, no hay efujio,
Esperanza ni refujio;

¿Dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brian yace inmoble
Como el orgulloso roble
Que derribó el huracan.

Para ellos no existe el mundo.
Detras arroyo profundo
Ancho se estiende, y delante,
Formidable y horroroso,
Alza la cresta furioso
Mar de fuego devorante.

«Huye presto, Brian decia
Con voz débil á Maria,
Déjame solo morir;
Este lugar es un horno:
Huye ¿ no miras en torno
Vapor cárdeno subir?»

Ella calla, ó le responde:—
—«Dios, largo tiempo, no esconde
Su divina proteccion.
¿Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
O morir mi corazon.—»

Pero del cielo era juicio
Que en tan horrendo suplicio

No debian perocer;
Y que otra vez de la muerte
Inexorable, amor fuerte
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:
De la pasión que atesora
El espíritu inmortal
Brotó, en su faz la belleza
Estampando fortaleza
De criatura celestial,

No sujeta á ley humana;
Y como cosa liviana
Carga el cuerpo amortecido
De su amante, y con él junto,
Sin cejar, se arroja al punto
En el arroyo estendido.

Cruje el agua, y suavemente
Surca la mansa corriente
Con el tesoro de amor;
Semejante á Ondina bella
Su cuerpo airoso descuella,
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
Sobre sus hombros nevados

Sueltos, reluciendo van;
Voga con un brazo lenta,
Y con el otro sustenta
A flor, el cuerpo de Brian,

Aran la corriente unidos
Como dos cisnes queridos,
Que huyen de águila cruel,
Cuya garra, siempre lista,
Desde la nube se alista
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
En perseguirlos:—ufana
En la orilla opuesta el pié
Pone Maria triunfante,
Y otra vez libre á su amante
De horrenda agonía ve.

¡O del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
Del corazón, gota á gota,
El tesoro sin mancilla,
Celeste, inefable unción;
Sale en lágrimas deshecho
Su heróico amor satisfecho.
Y su formidable cresta

Sacude, enrosca y enhiesta
La terrible quemazon.

Calmó despues el violento
Soplar del airado viento:
El fuego á paso mas lento
Surcó por el pajonal,
Sin topar ningun escollo;
Y á la orilla de un arroyo
A morir al cabo vino,
Dejando, en su ancho camino,
Negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE.

BRIAN.

Les guerriers et les coursiers eux mêmes
Sont là pour attester les victoires de mon bras.
Je dois ma renommée à mon glaive.....

ANTAR (1)

Los guerreros y aun los bridones de la batalla
Existen para atestiguar las victorias de mi brazo.
Debo mi renombre á mi espada.

Pasó aquel, llegó otro dia
Triste, ardiente, y todavia
Desamparados como antes,
A los míseros amantes
Encontró en el pajonal.

1. Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viage á Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

Brian, sobre pajizo lecho
Inmóvil está, y en su pecho
Arde fuego inextinguible;
Brotó en su rostro, visible
Abatimiento mortal. —

Abrumados y rendidos
Sus ojos, como adormidos,
La luz esquivan, ó absortos
En los pálidos abortos
De la conciencia, (lejion
Que atribula al moribundo)
Verán formas de otro mundo;
Imágenes fujitivas,
O las claridades vivas
De fantástica rejion.

Triste á su lado Maria
Revuelve en la fantasía
Mil contrarios pensamientos,
Y horribles presentimientos
La vienen allí á asaltar; —
Espectros que enjendra el alma,
Cuando el ciego desvario
De las pasiones se calma,
Y perdida en el vacío
Se recoje á meditar.

Allí, frágil navecilla
En mar sin fondo ni orilla,
Do nunca rie bonanza
Se encuentra, sin esperanza
De poder al fin surjir:
Allí ve su afán perdido
Por salvar á su querido;
Y cuán lejano y nubloso
El horizonte radioso
Está de su porvenir.

Cuán largo, incierto camino
La desdicha le previno;
Cuan triste peregrinaje!
Allí ve de aquel paraje
La yerta inmovilidad.
Allí ya del desaliento
Sufre el pausado tormento,
Y abrumada de tristeza,
Al cabo á sentir empieza
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,
Y al aspecto de su amante
Desfallece su heroismo;
La vuelve, y hórrido abismo
Mira atónita detrás.

Allí apura la agonía
Del que vió cuando dormía
Paraiso de dicha eterno,
Y al despertar un infierno
Que no imaginó jamás.

En el empuje nublado
Flamea el sol colorado;
Y en la llanura domina
La vaporosa calina,
El bochorno abrasador.
Brian sigue inmóvil, y María
En formar se entrena
De junco un denso tejido,
Que guardase á su querido
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
Que al levantarse ó moverse
Hace animal corpulento,
Crujir la paja y romperse
De un cercano matorral.
Miró ¡oh terror! y acercarse
Vió con movimiento tardo,
Y hácia ella encaminarse
Lamiéndose, un tigre pardo
Tinto en sangre;— atroz señal,

Cobrando ánimo al instante
Se alzó María arrogante,
En mano el puñal desnudo,
Vivo el mirar, y un escudo
Formó de su cuerpo á Brian.
Llegó la fiera inclemente;
Clavó en ella vista ardiente,
Y á compasion ya movida,
O fascinada y herida
Por sus ojos y ademan,

Recta prosiguió el camino,
Y al arroyo cristalino
Se echó á nadar.—¡Oh amor tierno!
De lo mas frágil y eterno
Se compajinó tu ser.
Siendo solo afecto humano,
Chispa fugaz, tu grandeza,
Por impenetrable arcano,
Es celestial.—Oh belleza!
No se anida tu poder,

En tus lágrimas, ni enojos;
Sí, en los sinceros arrojos
De tu corazon amante:—
María en aquel instante
Se sobrepuso al terror,

Pero cayó sin sentido
A conmocion tan violenta. —
Bella como ángel dormido
La infeliz estaba, exenta
De tanto afan y dolor.

Entonces ah ! parecía
Que marchitado no habia
La aridez de la congoja,
Que á lo mas bello despoja,
Su frescura juvenil.
¡ Venturosa si mas largo
Hubiera sido su sueño!
Brian despierta del letargo:
Brilla matiz mas risueño
En su rostro varonil. —

Se sienta, — estático mira,
Como el que en vela delira;
Lleva la mano á su frente
Sudorifera y ardiente,
¿ Qué cosas su alma verá?
La luz, noche le parece,
Tierra y cielo se oscurece,
Y rueda en un torbellino
De nubes. — «Este camino
Lleno de espinas está:

«Y la llanura, Maria,
¿ No ves cuán triste y sombría !
¿ Dónde vamos ?— A la muerte.—
Triunfó la enemiga suerte,»
Dice delirando Brian.

«Cuán caro mi amor te cuesta!
Y mi confianza funesta,
Cuánta fatiga y ultrajes!
Pero pronto los salvajes
Su deslealtad pagarán.»

Cobra Maria el sentido
Al oír de su querido
La voz, y en gozo nadando
Se incorpora, en él clavando
Su cariñosa mirada.

« Pensé dormías, la dije,
Y despertarte no quise;
Fuera mejor que durmieras
Y del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

« Sabes ?—sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo;
Mis valientes degollaron.
Como el huracan pasó,

Desolacion vomitando,
Su vijilante perfidia.
Obra es del inicuo bando,
Qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó.

«De paz con ellos estaba
Y en la villa descansaba.—
Oye, no te fies, vela,—
Lanza, caballo y espuela
Siempre lista has de tener.—
Mira donde me han traído,—
Atado estoy, y ceñido;
No me es dado levantarme,
Ni valerte ni vengarme,
Ni batallar ni vencer.

«Venga, venga mi caballo,
Mi caballo por la vida;
Venga mi lanza fornida,
Que yo basto á ese tropel.—
Rodeado de picas me hallo.—
Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel.

«¿No mirais la polvareda
Que del llano se levanta?

No sentis lejos la planta
De los brutos retumbar?
La tribu es, huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

«Mirad ardiendo la villa,
Y degollados dormidos
Nuestros hermanos queridos
Por la mano del infiel.
¡Oh mengua! oh rabia! oh mancilla!
Venga mi lanza lijero,
Mi caballo parejero,
Daré alcance á ese tropel.»

Se alzó Brian enajenado,
Y su bigote erizado
Se mueve; chispean rojos,
Como centellas, sus ojos
Que hace el entusiasmo arder;
El rostro y talante fiero,
Do resalta con viveza
El valor y la nobleza,
La majestad del guerrero
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfalleco.
Ella atónita enmudece,
Ni halla voz su sentimiento;
En tan solemne momento
Flaquea su corazón.
El sol pálido declina:
En la cercana colina
Triscan las gamas y ciervos
Y de caranchos y cuervos
Grazna la impura lejion,

De cadáveres avara,
Cual si muerte presajara.
Así la caterva estulta,
Vil al heroísmo insulta,
Que triunfante veneró.
Maria tiembla.—Él alzando
La vista al cielo, y tomando
Con sus manos casi heladas
Las de su amiga adoradas,
A su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:
«Oye,—de Dios es arcano,
Que mas tarde ó mas temprano
Todos debemos morir.

Insensato el que maldice
La ley que á todos iguala:
Hoy el término señala
A mi robusto vivir.

«Resígnate;—bien venida
Siempre, mi amor, fué la muerte
Para el bravo, para el fuerte
Que á la patria y al honor
Jóven consagró su vida:
Qué es ella?—una chispa, nada,
Con ese sol comparada,
Raudal vivo de esplendor.

«La mia brilló un momento,
Pero á la patria sirviera;
Tambien mi sangre corriera
Por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
Es que de tí me separo,
Dejándote sin amparo
Aquí en esta soledad.

«Otro premio merecía
Tu amor y espíritu brioso,
Y galardón mas precioso
Te destinaba mi fé.

Pero ¡ay Dios! la suerte mia
De otro modo se eslabona;
Hoy me arracan la corona
Que insensato ambicioné.

«Si al menos la azul bandera
Sombra á mi cabeza diese!
O antes por la patria fuese
Aclamado vencedor!
¡Oh destino! quien pudiera
Morir en la lid, oyendo
El alarido y estruendo,
La trompeta y atambor.

«Tal gloria no he conseguido,
Mis enemigos triunfaron;
Pero mi orgullo no ajaron
Los favores del poder.
Qué importa! mi brazo ha sido
Terror del salvaje fiero:
Los Andes vieron mi acero
Con honor resplandecer.

«¡Oh estrépito de las armas!
Oh embriaguez de la victoria!
Oh campos, soñada gloria!
Oh lances del combatir!

Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros,
Ya no volveré à gozaros;
Jóven yo debo morir.

«Hoy es el aniversario
De mi primera batalla,
Y en torno á mí todo calla. . . .
Guarda en tu pecho mi amor,
Nadie llegue á su santuario. . . .
Aves de presa parecen, —
Ya mis ojos se oscurecen;—
Pero allí baja un condór,

«Y huye el enjambre insolente.
Adios, en vano te aflijo.
Vive, vive para tu hijo,
Dios te impone ese deber.—
Sigue, sigue al occidente
Tu trabajosa jornada:
Adios, en otra morada,
Nos volveremos á ver.»

Calló Brian, y en su querida,
Clavó mirada tan bella,
Tan profunda y dolorida,
Que toda el alma por ella

Al parecer exhaló.—
El crepúsculo esparcía
En el desierto luz mística.—
Del corazón de María,
El desaliento y angustia,
Solo el cielo penetró.

NOVENA PARTE.

MARIA.

Fallece esperanza y crece tormento.

ANONIMO.

Morte bella pareo nell suo bel viso.

PETRARCA.

La muerte parecía

Bella en su rostro bello.

Qué hará Maria?—En la tierra
Ya no se arraiga su vida.
Dónde irá?—Su pecho encierra
Tan honda y vivaz herida,
Tanta congoja y pasión,
Que para ella es infecundo
Todo consuelo del mundo,
Burla horrible su contento,

Su compasion un tormento,
Su sonrisa una irrision.

¿Qué le importan sus placeres,
Su bullicio y vana gloria;
Si ella, entre todos los seres,
Como desechada escoria,
Lejos, olvidada está?
¿En qué corazon humano,
En qué límite del orbe,
El tesoro soberano,
Que sus potencias absorbe,
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
Y una fresca sepultura
Encuentra; lecho postrero,
Que al cadáver del guerrero
Preparó el mas fino amor.
Sobre ella hincada María,
Muda como estatua fria,
Inclinada la cabeza,
Semejaba á la tristeza
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
Caen por los hombros tendidos,

Y sombrean de su frente,
Su cuello y rostro inocente,
La nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
Pero como ángel que implora,
Para miserias del suelo
Una mirada del cielo,
Hace esta sencilla prez:

—«Ya en la tierra no existe
El poderoso brazo,
Donde hallaba regazo
Mi enamorada sien:
Tú ¡oh Dios! no permitiste
Que mi amor lo salvase,
Quisiste que volase
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma
Tu seno regalado,
Del bienaventurado,
Reciba el galardón:
Encuentre allí la calma,
Encuentre allí la dicha,
Que busca en su desdicha,
Mi viudo corazón.» —

Dice: un punto su sentido
Queda como sumerjido.—
Echa la postrer mirada
Sobre la tumba cañada
Donde toda su alma está.—
Mirada llena de vida;
Pero lánguida, abatida
Como la última vislumbre
De la agonizante lumbre,
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;
Y tomando por la orilla
Del arroyo hácia el ocaso,
Con indiferente paso,
Se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
De paja, y mira delante
Ilimitado horizonte,
Llanura y cielo brillante,
Desierto y campo do quier.

¡Oh noche! oh fúljida estrella,
Luna solitaria y bella,
Sed benignas! el indicio
De vuestro influjo propicio
Siquiera una vez mostrad.

Bochornos, cálidos vientos,
Inconstantes elementos,
Preñados de temporales,
Apiadaos; fieras fatales
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos
De los miseros humanos
Está el oculto destino,
Siquiera un rayo divino
Haz á su esperanza ver.
Vacilar, de alma, sencilla,
Que resignada se humilla,
No hagas la fé acrisolada;
Susténtala en su jornada,
No la dejes perecer.

Adios, pajonal funesto,
Adios, pajonal amigo.
Se va ella sola ¡cuán presto
De su júbilo, testigo,
De su luto fuistes vos!
El sol y la llama impía
Marchitaron tu ufania;
Pero hoy tumba de un soldado
Eres y asilo sagrado:
Pajonal glorioso, adios.

Gózate; ya no se anidan
En tí las aves parleras,
Ni tu agua y sombra convidan
Solo á los brutos y fieras:
Soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
Ligados por la ternura,
En tí hallaron refrijerio;
De su infortunio el misterio
Tú solo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores
De felices amadores
Tu esquividad no turbaron;
Sino voces que confiaron
A tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
Con los ásperos graznidos
De la lejion ominosa,
Oirás ayes y jemidos:
Adios, triste pajonal.

De ti María se aleja,
Y en tus soledades deja
Toda su alma; agradecido
El depósito querido
Guarda y conserva; quizá

Mano jenerosa y pía
Venga á pedirte lo un día:
Quizá la viva palabra
Un monumento le labra
Que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina:
Y la estrella matutina
Caminando solitaria,
Sin articular plegaria,
Sin descansar ni dormir
La ve.—En su planta desnuda
Brotó la sangre y chorrea;
Pero toda ella, sin duda,
Va absorta en la única idea
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.—
Su garganta es viva frágua,
Un volcan su pensamiento;
Pero mar de hielo y agua
Refrijerio inútil es
Para el incendio que abriga;
Insensible á la fatiga,
A cuanto ve indiferente,
Como misera demente
Mueve sus heridos pies,

Por el desierto.—Adormida
Está su orgánica vida;
Pero la vida de su alma
Fomenta en sí aquella calma
Que sigue á la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afan violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
Fiebre lenta y devorante,
Último efujio, suplicio
Del infierno, semejante
A la postrer convulsion
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un dia
Anonada el pensamiento,
Encanece, ó deja fria
La sangre en el corazon.

Dos soles pasan—¿Adónde
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?
Está por ventura exhausto?
Mas dolor en holocausto
Pide á una flaca mujer?

No;—de la quieta llanura
Ya se remonta á la altura
Gritando el yajá.—Camina,
Oye la voz peregrina
Que te viene á socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,
Cómo te meces ufana!
Reina si, reina orgullosa
Eres, pero no tirana
Como el águila fatal:
Tuyo es tambien del espacio
El transparente palacio:
Si ella en las rocas se anida,
Tú en la esquivez escondida
De algun vasto pajonal.

De la victima el jemido,
El huracan y el tronido
Ella busca, y deleite halla
En los campos de batalla:
Pero tú la tempestad,
Dia y noche vijilante,
Anuncias al gaucho errante;
Tu grito es de buen presajio,
Al que asechanza ó naufragio
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
La voz del ave agorera,
Oye, María, infelice;—
Alerta, alerta, te dice;
Aquí está tu salvacion.—
¿No la ves como en el aire
Balancea con donaire
Su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre á calmar tu afliccion.

Pero nada ella divisa,
Ni el feliz reclamo escucha;
Y caminando va á prisa:
El demonio con que lucha
La turba, impele y amaga.
Túrbios, confusos y rojos
Se presentan á sus ojos
Cielo, espacio, sol, verdura,
Quieta insondable llanura
Donde sin brújula vaga.

Mas ah! que en vivos corceles
Un grupo de hombres armados
Se acerca ¿serán infieles,
Enemigos?—No, soldados
Son del desdichado Brian.

Llegan, su vista se pasma;
Ya no es la mujer hermosa,
Sino pálido fantasma;
Mas reconocen la esposa
De su fuerte capitán.

Créíanla cautiva ó muerta;
Grande fué su regocijo.
Ella los mira y despierta.
— «¿No sabeis qué es de mi hijo?» —
Con toda el alma exclamó.
Tristes mirando á Maria
Todos el labio sellaron;
Mas luego una voz impia:
«Los indios lo degollaron»
Roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,
Como quiebra al seco tallo
El menor soplo de viento,
O como herida del rayo
Cayó la infeliz allí;
Viéronla caer, turbados,
Los animosos soldados;
Una lágrima la dieron,
Y funerales la hicieron
Dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada
De la hebra mas delicada,
Cuyo espiritu robusto
Lo mas acerbo é injusto
De la adversidad probó,
Un soplo débil deshizo:
Dios para amar, sin duda, hizo
Un corazon tan sensible;
Palpitar le fué imposible
Cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!
Cuál entraña te abortára!
Mover al tigre pudiera
Su vista sola;—y no hallara
En ti alguna compasion,
Tanta miseria y conflicto,
Ni aquel su materno grito;
Y como flecha saliste,
Y en lo mas profundo heriste
Su anhelante corazon.

Embates y oscilaciones
De un mar de tribulaciones
Ella arrostró; y la agonía
Saboreó su fantasia,
Y el punzante frenesi

De la esperanza insaciable,
Que en pos de un deseo vuela;
No alcanza el blanco inefable,
Se irrita en vano y desvela;
Vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,
Sus ilusiones volaron,
Y sus deseos con ellas;
Sola y triste la dejaron
Sufrir hasta enloquecer.
Quedaba á su desventura
Un amor, una esperanza,
Un astro en la noche oscura,
Un destello de bonanza,
Un corazon que querer.

Una voz cuya armonía
Adormecerla podria;
A su llorar un testigo,
A su miseria un abrigo,
A sus ojos que mirar.
Quedaba á su amor desnudo
Un hijo, un vástago tierno;
Encontrarlo aqui no pudo,
Y su alma al regazo eterno
Lo fué volando á buscar.

Murió; por siempre cerrados
Estan sus ojos cansados
De errar por llanura y cielo,
De sufrir tanto desvelo,
De afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
De su mirar: ya el desierto,
Su último asilo, los rastros
De tan hechiceros astros
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aun hay vestigio.
¿No veis el raro prodigio?
Sobre su cándida frente
Aparece nuevamente
Un prestigio encantador.
Su boca y tersa mejilla
Rosada, entre nieve brilla,
Y revive en su semblante
La frescura rozagante
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
Y estampó en su rostro hermoso
Aquel inefable hechizo,
Inalterable reposo,
Y sonrisa anjelical,

Que destellan las facciones
De una virgen en su lecho;
Cuando las tristes pasiones
No han ajado de su pecho
La pura flor virjinal.

Entonces el que la viera,
Dormida ¡oh Dios! la creyera;
Deleitándose en el sueño
Con memorias de su dueño,
Llenas de felicidad:
Soñando en la alba lucida
Del banquete de la vida
Que sonrie á su amor puro:—
Mas ay! que en el seno oscuro
Duerme de la eternidad.

EPÍLOGO.

Douce lumière es tu leur ame?

LAMARTINE.

¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?

¡Oh Maria! Tu heroísmo,
Tu varonil fortaleza,
Tu juventud y belleza
Merecieran fin mejor.
Ciegos de amor el abismo
Fatal tus ojos no vieron,
Y sin vacilar se hundieron
En él ardiendo en amor.

De la mas cruda agonía
Salvar quisistes á tu amante,
Y lo viste delirante
En el desierto morir.
¡Cuál tu congoja seria!
¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
Que te ayudase á sentir.

Se malogró tu esperanza;
Y cuando sola te viste,
Tambien misera caiste,
Como árbol cuya raiz
En la tierra ya no afianza
Su pompa y florido ornato:
Nada supo el mundo ingrato
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta
Como diamante en la mina,
La belleza peregrina
De tu noble alma quedó.
El desierto la sepulta,
Tumba sublime y grandiosa,
Do el héroe tambien reposa
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
Fué amar, amor tu delirio,
Amor causó tu martirio,
Te dió sobrehumano ser;
Y amor, en edad florida,
Sofocó la pasión tierna,
Que omnipotencia de eterna
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,
De amor, ¡oh bella María!
Que la virgen poesía
Corona te forma ya
De ciprés entretejido
Con flores que nunca mueren;
Y que admiren y veneren
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,
Inhospitable morada,
Que no siempre sosegada
Mira el astro de la luz;
Descollando en una altura,
Entre agreste flor y yerba,
Hoy el caminante observa
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
La copa estensa y tupida
De un ombú¹, donde se anida
La altiva águila real;
Y la varia muchedumbre
De aves que cria el desierto
Se pone en ella á cubierto
Del frio y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
Plantó aquel árbol benigno,
Ni quién á su sombra el signo
Puso de la redencion.
Cuando el cautivo cristiano
Se acerca á aquellos lugares,
Recordando sus hogares,
Se postra á hacer oracion.

Fama es que la tribu errante,
Si hasta allí llega embebida
En la caza apetecida
De la gama y avestruz,
Al ver del ombú gigante
La verdosa cabellera,

1. Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestra llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores de estío.

Suelta al potro la carrera
Gritando:— «allí está la cruz.»

Y revuelve atrás la vista,
Como quien huye aterrado,
Creando se alza el airado,
Terrible espectro de Brian.
Pálido el indio exorcista
El fatídico árbol nombra;
Ni á hollar se atreven su sombra
Los que de camino van.

Tambien el vulgo asombrado
Cuenta, que en la noche oscura
Suelen en aquella altura
Dos *luces* aparecer;
Que salen y habiendo errado
Por el desierto tranquilo,
Juntas á su triste asilo
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
Serán del páramo aereo,
Quizá espíritus,—misterio!
Visiones del alma son.

Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasía,
Forman coro en la armonía
De la invisible creación.
